



Autor / lector: presente/ ausente

“La palabra es el único pájaro
que puede ser igual a su ausencia”

Roberto Juarroz

Las categorías literarias de **autor**, **texto** y **lector** recorren un itinerario histórico en el que alguna de ellas concentra la atención y los sentidos posibles de la producción escrita: la tradición clásica y el romanticismo enaltecieron la figura del **autor** como genio creador, hasta que el siglo XX prefirió focalizar la importancia de los **textos**, de la obra en sí, desplazando la figura poderosa del autor. El corrimiento avanzó de la mano de las teorías de la recepción, que en la segunda mitad de ese siglo profundizaron la llamada “muerte del autor” para detener la mirada en la tarea del **lector**.

Este proceso, tan dinámico, acompañó la evolución de disciplinas y corrientes (la semiótica, el análisis del discurso, la sociolingüística, el postestructuralismo) que expandieron y reformularon las nociones sobre el **autor** (quién es ese sujeto, cuál es su sitio en la escritura, cuáles son los límites de su originalidad), el **texto** (qué es, cómo es, cómo puede ser un texto; cómo establece relaciones de intertextualidad y de interdiscursividad) y el **lector** (el rol activo del lector “cómplice”, su espacio en el texto, las formas de lo *escribible* desde la lectura).

En la relación entre autor-texto-lector, una huella teórica indeleble es la que proponía Barthes (¹) distinguiendo *texto de placer* –el que contenta, sana, el que viene de la cultura y se liga a una práctica confortable de la lectura- y el *texto de goce* –el que pone en estado de pérdida, desacomoda, hace vacilar al lector, pone en crisis su relación con el lenguaje. El primero afirma la consistencia de su **yo** desde las seguras coordenadas de la cultura, el segundo se arriesga en su pérdida deconstruyendo esas coordenadas. Esta perspectiva, tan influyente en el arte en general y en las maneras de entender qué es un texto y las posibilidades de reescribirlo, de completar el despliegue de sus signos desde su lectura activa, lúcida y crítica dejan ver a las claras la evolución del concepto que gobernó esas categorías, lejos ya de la idea de un autor omnipotente, un texto concluso y un lector obediente.

Como un aporte a esa dinámica conceptual sobre las categorías que analizamos aquí, rescatamos la perspectiva que Giorgio Agamben presenta en “*El autor como gesto*” (²) porque implican una síntesis, un punto de confluencia y revisión del itinerario histórico en el que se inscribieron las ideas de autor/ texto/ lector.

Partiendo de la distinción que propone Foucault entre autor real y función-autor y concentrándose en la idea de la función del autor, aquello que denomina “el nombre del autor”, Agamben advierte que ese rol “*caracteriza el modo de existencia, de circulación y de funcionamiento de determinados discursos dentro de una sociedad*”. Por eso, la función- autor tiene que ver con el “exterior del texto”, como dice Agamben, con las relaciones que el texto establece con otros textos y discursos. El autor real, volviendo a Foucault, no interfiere necesariamente en esa función: su biografía, en tanto no conecte con sus escritos, no juegan el juego de la función- autor.

Agamben dice: “*La huella del escritor está sólo en la singularidad de su ausencia; a él le corresponde el papel del muerto en el juego de la escritura*”.

¹ Barthes Roland, El placer del texto, Siglo XXI, México, 1982 (4ta ed.)

² Agamben Giorgio, Profanaciones, Adriana Hidalgo editora, 4ta ed., Bs As, 2013.

El muerto, entonces, es el que no está, el que –en términos de la estrategia literaria- es el *ilegible*:

“El autor es lo ilegible que hace posible la lectura, el vacío legendario del cual proceden la escritura y el discurso” (³)

Agamben cierra el círculo de su noción sobre la presencia/ ausencia del autor, el sujeto que no está, que parece muerto por ilegible pero sin cuya presencia no sería posible el hecho de la escritura en la presencia/ ausencia del lector, que viene a inscribirse como sujeto en el otro extremo del espacio escriturario, completando el gesto que inauguró el autor, ahora desde su (otro) lugar simétrico y especular:

El lector ocupará en el texto *“el lugar vacío que el autor ha dejado allí, que repetirá el mismo gesto inexpresivo a través del cual el autor había testimoniado sobre su ausencia en la obra”* (⁴)

De este modo, el **lugar del texto** no está en el autor, ni en el texto mismo ni en el lector (como en cada caso se ocupó de subrayar la historia de estas categorías en la teoría literaria) sino en el gesto mediante el cual autor y lector se ponen en juego en el espacio singular del texto y a la vez se retraen, se desplazan silenciosamente, para que el texto sea.

Sergio G. Colautti

³ Agamben Giorgio, “El autor como gesto”, en Profanaciones, op. cit. (pág. 90)

⁴ Agamben Giorgio, “El autor como gesto”, en Profanaciones, op. cit. (pág. 92)